

SEMBLANZA DEL P. ANDRÉS DÍAZ DE RÁBAGO SJ



“De mi quinta, nacidos en 1917, sólo quedaba Mandela”. Ahora solo quedo yo, me decía en el Hall del Tian Center, el “Maldonado” de Taiwán, el padre Andrés Rábago hace unos años... Un hombre extraordinario donde los hubiera.

Con casi 100 años cuando lo conocí era todo un monumento andante: había sufrido la expulsión de los jesuitas de España, teniendo que trasladarse a Portugal para seguir con sus estudios. Después, le tocó la guerra y fue requeté. En Guadarrama presencié la muerte de un compañero, un casero navarro que apenas hablaba castellano y a quien mató una bala perdida. “Me han muerto” le dijo instantes antes de morir en sus brazos. 80 años después todavía se emocionaba recordando aquella anécdota. Entró a la Compañía con 23, en Salamanca, era de los mayores decía... Entró junto a su otro gran amigo Pepe Calle, siendo ya médico. Pocos años después haría dentro de la Compañía su primer doctorado, en medicina en la Universidad de Madrid en 1947. De allí lo destinaron a estudiar Teología a la misión de China, en la Facultad San Roberto Bellarmino de Shanghái, en riguroso latín. En 1952 fue ordenado sacerdote por el obispo Mons. Ignatius Kung Pin-Mei. Tuvo que salir de las dos principales ciudades de China, Pekín y Shanghái por la entrada de las tropas comunistas. En 1952, cuando estas entran en Shanghái, dejará su amada China continental por el resto de su vida.

Después, los superiores le mandaron junto a Pepe Calle a hacer otro doctorado, esta vez en moral, en la universidad Santo Tomás de Manila, regentada por los dominicos. En 1956, en apenas un curso académico, Pepe Calle y él eran ya doctores y los primeros jesuitas en

obtener el doctorado en la universidad de los dominicos. Décadas después, seguían rememorando su paso por la universidad, y amenizando las sobremesas con multitud de anécdotas divertidas... Tras un tiempo de trabajo pastoral en Manila, le encomendaron la misión de ser rector y director espiritual del seminario de Dili en Timor. Allí pasó la década de los 60 y educó a los futuros dirigentes del país. Antes de esto, el país sufrió una guerra fratricida y al padre Rábago le gustaba recordar que el mayor piropo que le echaron en vida fue que si él hubiera estado en Timor, no hubiera habido guerra. Él educó y casi crió a muchos de los dirigentes.

En 1969 llegó a la isla de Taiwan y no saldría de allí el resto de su vida. Los primeros años los pasó dando clases de bioética en la Universidad Nacional de Taipéi, la más prestigiosa del país. Con un chino muy rudimentario, pero preparando muy bien las clases, instruyó a las que más adelante serían las élites de un país por aquel entonces en desarrollo. Era conocido por su humildad y sobre todo por su cariño y sentido del humor... Cuando había algún escolar que estaba deprimido porque no podía con el chino, riéndose le decía: "que tu chino es malo... ¡Vente a mis clases y verás!". También solía recordar al padre José Ramón De Diego (1928-2000), profesor de dogmática, que decía: "Explico una materia que no entiendo, en una lengua que no hablo... Pero los alumnos entienden...". Era capaz de dar ánimo a cualquiera y él siempre se ponía por debajo de todos. Fue el cireneo de cientos de personas a lo largo de su vida, que solo confiaban a él sus pruebas y dolores.

En los últimos años se convirtió en una figura muy popular en Taiwán. Con la reverencia que tienen los chinos a los ancianos, un sacerdote de casi 100 años, tan entregado y simpático como era él, era un filón para las televisiones. Le concedieron la nacionalidad, le hicieron multitud de homenajes y entrevistas y nunca dejó la misa dominical de niños. Revestido, con sus largas extremidades y su efusividad, y sus dotes artísticas musicales, los niños veían en él a una especie de payaso que les amenizaba la liturgia y que al mismo tiempo les adentraba en el misterio de la fe, contagiando su entusiasmo por Cristo. Era rara la misa en la que no se emocionaba predicando a las familias y siempre terminaba resumiendo todo lo dicho, entendido o no por su auditorio, en la centralidad de Cristo.

Los últimos años los pasó como siempre, con mucha autonomía, trabajando mucho y sin grandes sustos. De vez en cuando se caía, pero juraba entre risas que era la última vez y que no volvería a pasar. El último año, tuvo un par de ingresos, uno de los cuales lo dejó muy mermado y no tuvo más remedio que trasladarse a la enfermería de la Facultad de teología de manera permanente.

Perteneció a una raza de misioneros de una categoría humana y espiritual realmente excepcional: gente muy ascética exigente consigo misma, pero indulgente y comprensiva con los demás. Con unos sólidos principios morales, pero sobre todo vitales, y con una honda fe en que la historia estaba en manos del Señor y que pese a todos los cambios y devaneos que pudiera haber en el mundo, el Señor siempre estaba presente en él. Los que hemos tenido el privilegio de ser testigos de su santidad, no podemos sino seguir su ejemplo. Descansa merecidamente en Paz, ya has llegado a la meta.

Roberto Villasante.